

MSS 585
950/1264
c 1

Viernes 10 de Enero de 1919

AVENTURAS DE NAUFRAGOS

La chalupa del Estado

Durante un cuarto de siglo, ha sido costumbre invariable de oradores y periodistas, hablar en sus discursos o en sus editoriales, de "la nave del Estado".

Pero ahora la metáfora ha empezado a quedar grande al gobierno.

Más que nave, ésta parece una chalupa, de esas que figuran en los relatos de naufragios,

La chalupa va avanzando por un mar plagado de tiburones y de monstruos que abren sus hambrientas fauces como para devorar a los desgraciados náufragos. Estos se agitan, abandonan el timón, cambian a cada instante de piloto; pero las terribles fieras siguen amenazando los costados de la barca, y, para calmar su furia, no hay más medio que arrojarles las latas de conserva, el pan y las provisiones de los tripulantes.

Y así va recorriendo la chalupa del Estado el proceloso mar de la política.

Un año ha durado el viaje desde que el nuevo régimen asumió la dirección de la barquilla, y ¡cuántos cambios de pilotos, cuántos graves contratiempos y terribles sucesos han debido soportar los pobres náufragos!

No hizo más que desprenderse la chalupa del sitio en que se hundió la Coalición, y ya sus hombres empezaron a ver el mar cubierto de unos monstruos negros y de largas colas, que de lejos parecían tiburones, y de cerca, correligionarios de chaqué.

Al primer ataque de los voraces cetáceos, o cesantes - pues la clasificación era por demás dudosa, - los náufragos, piloteados por el señor Alessandri, trataron de calmarlos, arrojándoles varios puñados de gobernaciones e intendencias y un cajón enorme, en uno de cuyos lados se leía: "Inspección de Instrucción Primaria"

La furia de los hambrientos animales, se calmó un instante... pero sólo un instante.

Una dentellada formidable, aplicada al borde mismo del timón, hizo comprender al piloto que aún quedaban descontentos.

Sin pensar más, fuera de sí, el señor Alessandri cogió la primera caja que halló en el fondo del barco y la arrojó por la borda. La Dirección de los Ferrocarriles flotó un momento sobre el mar. Luego se oyó un sordo crugido y el mascar de las fauces insaciables que engullían su presa.

Varios de los tripulantes, que cifraban en la caja ya perdida sus esperanzas de alimentación, no pudieron contener los lamentos y protestas.

Pero los tiburones se arremolinaron con nueva ansia; la barca pareció resbalar sobre los lomos oscuros y limosos de los monstruos; después empezó a tumbarse y el piloto cayó al agua.

Los náufragos, haciendo prodigios de valor, lograron restablecer el equilibrio, y el señor García de la Huerta tomó en sus manos el timón. Quedaban todavía en la bodega algunos cargos judiciales, dos consulados, un puesto de adicto militar en Francia y una secretaria de intendencia. El piloto lo arrojó todo a las fieras; pero en vano.

El alimento se hizo poco para tantas bocas; se produjo otra embestida, y el desdichado piloto siguió la suerte de su antecesor.

-!Que dirija Quezada!- gritaron los sobrevivientes,- y un hombre de negras barbas y de aspecto tranquilo, asió la barra del timón. Era un viejo lobo de mar en la política, se había criado entre los tiburones, y por eso los náufragos creían que podría dominarlos.

Hubo un momento de calma. Cuando, he aquí, que de repente surge al lado de la popa un pez rarísimo, con los ojos vidriados y las fauces cubiertas con un hirsuto pelo rojo, y coge al señor Quezada por los faldones del chaqué.

Aunque avezado en los peligros de la mar, el piloto perdió el tino. Un juramento, un juramento que olvida toda fórmula para dar paso a la desesperación, se escapó de sus labios, de por sí pulcros y discretos.- !Renuncio! - gritó en seguida.- !Que venga otro al timón! Pero el pez no lo soltaba.

Hubo un minuto de loca confusión, Los tripulantes se esforzaban por amedrentar al monstruo; el piloto repetía su juramento informulable; y el pez seguía, entre tanto, sacudiendo al desgraciado, que ya apenas conseguía sostenerse en su asiento.

El señor Quezada no pudo resistir más; cogió el último paquete que quedaba en la chalupa, un paquete formidable, sellado con la Cruz Roja, y que encerraba todos los elementos sanitarios, y se lo entregó a la fiera, que se alejó con aire satisfecho a devorar en paz su presa.

Han pasado apenas tres días de esa escena, y otro pez raro, una especie de foca, que, si bien no canta como las sirenas míticas, por lo menos habla claro y hasta pone condiciones, ha empezado a exigir a los del barco, en nombre de los demócratas:

"1ª El despacho de las siguientes leyes en el actual período de sesiones: La instrucción obligatoria; la de subsistencias; la reforma inmediata de la ley de residencia; y 2ª, el retiro en 24 horas de la fuerza pública que hoy está al servicio de la Empresa de Tranvías".

Entre los tripulantes se producen frecuentes conciliábulos.

Si el pez pidiera sólo lo primero, sería fácil acceder. Pero, ¿a qué reformar la ley de residencia, cuando nadie la cumple, y cómo retirar la fuerza pública, cuando ella no está amparando a la Tracción, sino a los pobres, al pueblo trabajador, que necesita medios de transporte para acudir a sus labores?

El pez sigue, sin embargo, amenazante.

En el barco no quedan casi provisiones. Los cetáceos anteriores las han devorado todas.

No obstante, los tripulantes saben ya, por experiencia, que la única manera de apaciguar la furia de los peces, es dándoles que comer. De otro modo, los pilotos caen indefectiblemente al agua.

¿Qué le irán a dar a éste?